

NI PARIAS NI IRREDENTOS; NO HA DE
FORMARSE UN QUINTO ESTADO

Comparando la época presente con cualquiera de las pasadas, se nota á primera vista una diferencia importante: antes, los pueblos, ciegamente sometidos y formando confusas masas, eran guiados por sus caudillos, por sus pontífices, por sus gobernantes y aún por sus tribunos; actualmente de las masas se desprenden individuos, cada vez en mayor número, que con la conciencia del propio valer, se quejan, protestan, estudian, se organizan y formulan un ideal racionalmente humano y práctico para cuya realización laboran constantemente, apelando á la solidaridad de todos los que sufren y lanzándose al sacrificio en la lucha promovida contra los privilegios todavía existentes, presentándose, no como guías y jefes, sino como ejemplo y lección viviente para sus hermanos, cuando no como verdaderos precursores de la sociedad ultrarevolucionaria.

Lo primero que repugna hoy á muchos jóve-

nes obreros que, con la escasa ilustración adquirida en la escuela de instrucción primaria y la aptitud que les presta el aprendizaje de un oficio, tienden la vista al mundo y á la sociedad para orientarse en la vida, es verse confundidos entre la masa denominada *pueblo, clase infima, proletariado*, no por despego hacia sus compañeros de condición, sino por la imposibilidad material en que se ven de salir adelante con su concepto de hombre, con la idea de su yo, sintiendo lo que sentiría un hombre de genio, viéndose reducido á la vileza social del paria, del esclavo ó del siervo de otras edades. Comprenden perfectamente que si el dogmatizante, el legislador, el gobernante y el rico en general, son hombres; hombre es el trabajador, y de hombre á hombre, en la concepción abstracta del derecho lo mismo que ante las fuerzas naturales que les crearon, no hay la menor diferencia. Si entre las ideas *persona* (hombre) y *personaje* (persona distinguida) la sociedad ha puesto una diferencia que colma de iniquidades la historia de la humanidad, la naturaleza se ve por ello contrariada, la razón lo rechaza, la economía lo reprueba, la justicia lo anatematiza. No hay ante la sociedad recién nacido que aporte un derecho superior á sus semejantes, y si físicamente no hay una vida ultra-

terrena que salde con premios ó castigos el uso hecho de la vida, menos puede haber un privilegio para el que va á vivir, para el que carece de todo título ganado personalmente.

El trabajador es, pues, el Adán, el hombre que permanece en su puesto natural, reconociendo que la sociedad, fundada para el beneficio recíproco de todos los asociados, existe por la imposibilidad que tiene el hombre de atender por sí solo á sus múltiples necesidades; por la facilidad con que las satisface, por la multiplicación de sus actividades y para el bien de todos, todos, sin exclusión ni menoscabo de nadie.

Si luego esa misma sociedad supeditada al Estado, sometida al autoritarismo, que para no parecer arbitrario escribió los egoísmos de sus dominadores en los Códigos é impuso su obediencia á los oprimidos y despojados, divide á los hombres en privilegiados y desheredados, éstos pueden levantarse y repetir estas palabras de Pi y Margall: «No venga nunca la sociedad y diga: tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu entendimiento ó no pagues tributo, porque entonces me creeré con la facultad de contestarle: ¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado

para que los defiendas, y no para que los coartes; vé y vuelve á los abismos de tu origen, á los abismos de la nada.»

La sociedad, repitámoslo, es condición indispensable para el individuo: sin ella (suposición inadmisible), éste, necesitando mucho, se vería reducido á muy poco; mas con ella su poder es ilimitado.

Digo más, adaptándome y adoptando un pensamiento de Proudhon; la sociedad, á pesar de cuantas iniquidades la deshonran, subsiste por la idea de justicia que lleva en sí, y la civilización marcha apoyada por ella. En esa misma idea de justicia se sustenta todo lo bueno que atesora ya la civilización como producto de esa misma sociedad y cuanto aspira á realizar.

Mas para que esa idea de justicia guíe á la persona humana, al elemento primario de la sociedad, en el choque impulsivo del medio encaminado á las obras que han de transformar la sociedad para despojarla de toda iniquidad, es necesario colocarse en el terreno firme de lo racional, de lo justo, sin lo cual se hace obra vana ó lo que es peor, se actúa de rémora ó de obstáculo.

No basta querer una cosa; se necesita además emplear los medios racionales y posibles para obtenerla: entre dos que quieren lo mismo no

puede haber unión ni comunidad de esfuerzo si uno, en concepto del otro, apoyado en sana crítica, reconoce y demuestra que los medios que propone alejan el ideal en vez de acercarle.

Varias veces he visto citado este párrafo de *Trabajo*, de Zola:

«Y sin embargo, querían la misma felicidad para todos, se confundían en el mismo objeto, la justicia, la paz, el trabajo reorganizado dando á todos pan y alegría. Pero ¡qué furor agresivo y mortal en cuanto se trataba de entenderse sobre los medios! En la áspera ruta del progreso, cada parada era ocasión de sangrientas luchas entre los hermanos caminantes, inflamados todos por el mismo deseo de emancipación, por la simple cuestión de saber si había que inclinarse á izquierda ó á derecha.»

Los que deploran esas luchas sangrientas no deben olvidar que el navegante que se inclinara, por poco que fuera, al lado contrario al verdadero derrotero, no llegaría jamás al punto de destino; y el que de esto está persuadido, el que ve que se dificulta la buena vía proponiendo evidentes desviaciones, no puede ver en el que lo hace un compañero, sino un extraviado si va solo, y un enemigo, un perturbador, si pretende inducir á otros á que le sigan.

Concretando más añadido: mientras la idea de ganancia impulse al individuo ó á la colectividad, siempre resultará paralela una pérdida para otros.

A todos los sistemas impregnados de burguesismo propagados á los trabajadores para obtener su emancipación, se puede aplicar el cuento de aquel padre americano que enseñaba á vivir á su hijo, diciéndole:—«Hijo mío, haz fortuna; honradamente si puedes. Si no puedes honradamente, haz fortuna á pesar de todo.»

La segunda parte del consejo resulta siempre inútil para el que ha aceptado la primera, porque hacer fortuna lleva consigo la inmoralidad de causar una desgracia, de hundir en el desequilibrio de la desigualdad al despojado por la usurpación afortunada. Y esto, tanto rige para el que con el pretexto de establecer un servicio, monta un armadijo industrial ó mercantil para amontonar dinero extraído del productor ó del consumidor, como para los 28 tejedores de Rochdale, que en pocos años realizaron más de un millón de beneficios, cuya cantidad, si bien es verdad que se había ganado desviándola de la ganancia de vampiros intermediarios, representa un valor sustraído á su legítimo creador, á quien el llamado derecho de cesión había despojado, en beneficio del propietario, del producto de su

trabajo; que tal vicio de origen tenían los géneros que compraban y con que negociaban los precursores de la cooperación, los que pretendiendo transformar el mundo á lo sumo lograron cambiar en parte de sujeto al privilegio.

El resultado de esa máxima americana, seguida por los que han podido seguirla, es decir, por los que han tenido medio de expoliar á los otros dejando á esos otros en la condición de expoliados, es terrible. Los que conocen la literatura de aquel país, hablan de dos libros publicados hace pocos años cuyos títulos, harto sugestivos, dan ya idea de su tesis: titúlase uno, *Si Cristo viniese á Chicago*, y es un cúmulo enorme de miserias existentes en la ciudad gigante, reina industrial del Illinois y de toda la Unión, sobre las que políticos y economistas burgueses, apologistas entusiastas de la «propiedad nacional,» echaban un velo patriótico; el otro se titula *Cómo vive la otra mitad*, en el que se pone de manifiesto que la fortuna de los millonarios tiene como reverso un fondo de desgracias incomparable y hasta incomprensible para los que no lo ven, y que en mayor ó en menor escala se reproduce en todos los países regidos por la civilización moderna.

Ahora bien; hemos llegado á un caso en que

no puede concederse el título de emancipador á quien no vaya directamente á la emancipación de todos los oprimidos por partir de la imposibilidad de que opriman los opresores. No nos es permitido en conciencia ser dichosos individualmente ni aún formando parte de una colectividad: cuando se reconoce que no hay persona humana donde no hay persona social; cuando se sabe positivamente que todo lo que hemos llegado á ser, que todo lo que podemos ser lo debemos al medio social; cuando se siente que la sociedad ha de asegurar una protección regular y metódica al niño, al anciano, al inválido, al enfermo, y esto no como protección caritativa, ni siquiera filantrópica, sino como obligación, algo así como resultado matemático, de forma y manera que la suma de los derecho-habientes devuelve por mutualidad, por reciprocidad á los individuos también derecho-habientes; á los unos, por lo que promete el desarrollo de sus energías; á los otros, por lo que han cumplido ya, y á los que por su estado no pueden prometer ni cumplir, por venerar en ellos esta misma personalidad humana que tenemos y que fraternalmente reconocemos en ellos. No hay línea de conducta emancipadora, no hay medio positivamente emancipador donde no se ponga el deber y la

pureza del ideal frente á frente de nuestra conciencia, permitiéndonos reconocer que nos hallamos en plena justificación, en absoluta concordia justificadora de propósitos, de palabras y de actos.

Los trabajadores no han de formar un cuarto estado egoísta que imite á los burgueses, quienes, frente al antiguo régimen que los menospreciaba, creyéndose ser todo, según la famosa fórmula de Sieyes, hicieron la revolución que dió la supremacía al tercer estado.

No se ha de formar un quinto estado irredimible; no hemos de volver en el siglo xx á reconstituir la clase de los parias, que si en su origen pudo tener su razón de ser ó su causa, según demuestran los estudios antropológicos, en la actualidad sólo significaría una torpe regresión, por atavismo, por indebida prolongación de instituciones fundada sobre creencias que la ciencia ha declarado falsas, al imposible del pasado, al absurdo de querer remontar la corriente de los tiempos.

Y si ese quinto estado se forma, si los que se hacen la ilusión de que pueden emanciparse solos se agrupan porque les favorecen ciertas condiciones especiales y porque la herencia atávica suscita en ellos reprobables egoísmos; si mediante ganancias que parecen rescates y que en el

fondo son verdaderas expoliaciones, se elevan como clase formando falaz y pasajero cuarto estado, contra ellos, contra los tráfugas, contra los culpables de burguesismo, estarán los irreudentos conscientes, los que laboran por la justificación humana, que, enarbolando y tremolando la bandera roja, repetirán una vez más: «no queremos privilegios ni para nosotros mismos», «la emancipación social de los desheredados ha de ser su propia obra;» y en vez de huelgas por reformas parciales en la organización del trabajo y en la distribución de los productos, en vez de filosofar sobre abstracciones de derecho individual ó colectivo, irán franca y decididamente contra el término jurídico único que contiene en sí la verdadera significación de la palabra *robo*, contra la *accesión*, ó sea contra el dominio que la ley otorga indebidamente al propietario sobre lo que es de todos y sobre lo que es propio del trabajador; y cuando la accesión se anule, cuando esa firme columna de la usurpación propietaria desaparezca, desaparecerán los amos de todas clases, incluso los amos cooperativos, emancipados de una vez y para siempre, no sólo de la explotación capitalista que conocieran por activa y por pasiva, sino también de esa triste aberración

ción que les llevara á practicar como salvador el mismo principio que abominaban como tiránico.

Más aún: por si estas verdades, como expuestas por un trabajador desprovisto de prestigioso brillo, influyeran poco en la inteligencia y en la voluntad de la generalidad de los trabajadores, recorro al crédito que, en la esfera intelectual, sin distinción de clases, goza un gigante del pensamiento moderno, cuyo nombre acaba de inscribirse en el registro de la inmortalidad; léase el siguiente escrito de Elíseo Reclus, eminente autor de la *Nueva Geografía Universal* y de *El Hombre y la Tierra*, con que quiero honrar estas páginas, dándole el carácter de capítulo de mi libro.

LA COOPERATIVA

¿Podríamos transformar la sociedad económica, pacíficamente y como á la sordina, por el movimiento de las asociaciones?

No hay duda que los anarquistas, más que los otros hombres, han de contar con la fuerza de la asociación, porque todo lo esperan de las libres afinidades entre las personalidades libres; pero no creen que las asociaciones cooperativas de trabajadores puedan realizar un cambio importante en la Sociedad. Las tentativas hechas en este sentido son experimentos útiles, y debemos felicitarnos de que se hayan practicado; pero bastan, y ya podemos formar juicio. La Sociedad es un conjunto que no se logrará cambiar emprendiendo el cambio parcialmente por uno de sus detalles más insignificantes. No tocar el capital, dejar intactos al infinito los privilegios todos que constituyen el Estado, é imaginarnos que podemos ingertar sobre todo este fatal organismo, un organismo nuevo, equivaldría á espe-

rar que nos sería posible hacer que germinara una rosa sobre un euforbio venenoso.

La historia de las asociaciones obreras es ya larga, y harto sabemos que en este asunto es aún más peligroso acertar que sucumbir. Un fracaso es una experiencia más, y permite á los que le han sufrido entrar de nuevo en la gran corriente de la Vida y de la Revolución. Pero un éxito; ¡eso sí que es fatal! Una asociación obrera que logra éxito feliz, que gana dinero y se hace propietaria, se conforma fatalmente con las condiciones del capital; se hace burguesa; descuenta letras de giro, persigue á sus deudores, recurre á los hombres de ley, coloca sus valores en banca, especula sobre los fondos públicos, acumula su capital y le hace valer por la explotación del pobre. Enriquecida, entra en la cofradía de los privilegiados; ya no es más que una compañía capitalista, obligada á cerrarse á los que no aportan más que sus brazos. Completamente separada del pueblo, convertida en simple excrecencia social, se constituye en Estado: lejos de secundar la Revolución, la combate á muerte; todo lo que tenía de fuerza viva al comenzar su obra, lo vuelve contra sus antiguos amigos, los desheredados y los revolucionarios; á pesar de toda la buena voluntad de los socios, la sociedad se pasa

al campo enemigo: ¡ya no es más que una cuadrilla de traidores! ¡Ah, amigos míos; nada deprava tanto como el éxito! *Mientras nuestro triunfo no sea al mismo tiempo el de todos, tengamos la suerte de no alcanzar buen éxito jamás; ¡seamos siempre vencidos!*»